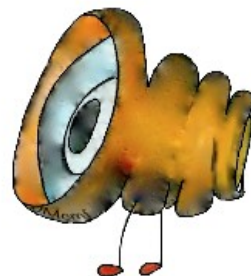


Observatorio de la Misión Compartida



OMC
Nº 03
JULIO

Que la misión compartida sea nuestro modo normal de misión

FUNDAMENTOS DE LA MISIÓN COMPARTIDA II

En este tercer boletín, presentamos los fundamentos de la Misión Compartida desde nuestra identidad carismática. La Iglesia es agraciada por el Espíritu Santo con dones diversos, carismas y ministerios (Ef 7, 7.11-13; cf. Rom 12,4-8) con los que edifica el Cuerpo de Cristo y cumple su misión salvadora en el mundo (cf LG 4), es en esta perspectiva en la que hay que encajar la vida y el ministerio de Claret: su respuesta a los desafíos, su propósito de crear un ejército evangelizador, la fundación de la Congregación y tantas instituciones.

1. Contexto y pretensión de Claret

En la Autobiografía de San Antonio M^a Claret tenemos la oportunidad de ver cómo, urgido por la necesidad de anunciar el Evangelio, se siente necesitado de la ayuda de los otros para llevar a cabo su misión (Aut. 106, 476, 488-489, 570, 591-609).

En pocas palabras, lo que hace Claret es responder a los desafíos que se le presentan, y lo quiere hacer siempre “con otros”. Para ello: funda instituciones, promueve y apoya otras fundaciones, entra en contacto y se relaciona personalmente con aquellos que están impulsando la renovación de la Iglesia en el siglo XIX, busca colaboradores y trae Congregaciones a colaborar con él, masculinas y femeninas, se apunta él mismo a cofradías.

2. La expresión “hacer con otros”

Esta expresión, ya familiar entre nosotros, se encuentra en la carta que el P. Claret escribió al Nuncio en Madrid y en la que le expresa su resistencia a aceptar el nombramiento de Arzobispo de Cuba. Si se examina el itinerario evangelizador de Claret, “hacer con otros” es una forma de ser y de hacer. Es una dimensión esencial de su ministerio y una dinámica de acción.

Es una manera de ser porque radica en su forma de entender y vivir la misión, algo más que una eficientista estrategia pastoral.

Cuando la Congregación habla de “misión compartida” teniendo como presupuesto carismático el “hacer con otros” está, ante todo, explicitando su impronta evangélica y evangelizadora. Estamos, por gracia, implantados en la misión de Jesús y de su Iglesia que es misión compartida. En este caminar codo con codo, nuestra vida consagrada en comunidad es paradigmática y profética, es un estímulo que empuja hacia la participación, el discernimiento, la complementariedad y la plena comunión.

Y, en consecuencia, implica un modo de pensar, de sentir y de actuar cuyo centro articulador es la pasión por el Reino, es la caridad de Cristo que nos apremia (cf. 2 Cor 5,14). Lo cual exige reconocer los dones diversos, fomentar la dinámica del intercambio y la complementariedad, y hacerlos fructificar en gozosa comunión misionera.

En nuestros ámbitos y servicios apostólicos ha de ser connatural la reciprocidad de dones. Un lugar privilegiado para este intercambio es la vida fraterna en comunidad que, a su vez, se convierte en



una aportación específica en los distintos ámbitos donde se ejerce la actividad misionera. Nuestras comunidades han de llegar a ser vistas como lugares de crecimiento humano y espiritual, de cooperación en la misión y de acogida de cuantos se nos acercan.

El “*hacer con otros*” claretiano tiene inspiración, arraigo y proyección eclesial *católica* (en cuanto a los medios, los lugares y los destinatarios), a la vez que una perspectiva *ecuménica*, pues cuenta con todos aquellos hombres y mujeres de buena voluntad que buscan la transformación del mundo según el designio de Dios.

La asimilación de las raíces carismáticas del “*hacer con otros*” nos ha ayudado a purificar la mente y el corazón respecto a la relación, vinculación y colaboración con los otros miembros de la comunidad cristiana.

Nos hallamos en las Iglesias locales contribuyendo a que sean verdaderas comunidades en las que se armonizan y complementan los diversos carismas y ministerios de todos sus miembros (obispos, sacerdotes, consagrados y laicos) haciendo fecunda la comunión para la misión.

3. El servicio misionero de la Palabra desde la misión compartida

La razón de ser de la Congregación en la Iglesia, Pueblo de Dios, no sólo es la predicación de la Palabra divina, sino que quienes la integramos hemos sido convocados para vivir en fraternidad, llevar vida apostólica y colaborar con los Pastores y con los otros miembros de la Iglesia en su misión evangelizadora (Dir. 104). El ministerio de la Palabra es una *forma de ser, de significar y de actuar* (cf. SP 21).

El Concilio Vaticano II abrió un camino hacia la “*eclesiología total*”, en la que la variedad de ministerios se funda y

alimenta desde la riqueza del Espíritu.

Los Capítulos Generales han ido explicitando su densidad y extensión. Así, en *Misión del Claretiano Hoy* (MCH) es clara la amplitud que cobra la colaboración con todos los que buscan la transformación del mundo según el designio de Dios y, particularmente, con los pobres que pretenden alcanzar el justo reconocimiento de su dignidad.

El Capítulo de 1985 da un impulso fuerte a favor de la colaboración con los seglares y el Movimiento de los Seglares Claretianos (cf. n.86).

Nuevas circunstancias eclesiales permiten al Capítulo de 1991 (SP) ensanchar la mirada desde la eclesiología de comunión orgánica.

En el documento *En Misión Profética* (EMP) del Capítulo de 1997 subyace la preocupación por la comunión como signo para que el mundo crea y para abordar los desafíos que tiene la evangelización (n. 27).

La declaración capitular *Para Que Tengan Vida* (PQTV), del Capítulo del año 2003, comprende la misión desde la circularidad, armonía y reciprocidad de los carismas y ministerios, que se nutren de la caridad y se abren a los grandes diálogos y urgencias de la misión del Pueblo de Dios. Esa reciprocidad se expresa en las relaciones de intercambio entre la Iglesia universal y las particulares; lo cual nos hacía sentir la necesidad de potenciar la colaboración, que no significa sumar tiempo, economía y energías personales, sino revivir el espíritu de comunión que dio origen a la Congregación como comunidad de servicio misionero de la Palabra.

En este modo de misión subyace la comprensión comunitaria de la misión y la correlación necesaria de todas las formas de vida y ministerio para afrontar los retos de la evangelización. Y pretende evitar actitudes unilaterales (autosuficiencia, autoritarismo, imposición, intereses institucionales) y favorecer la colaboración de todos los carismas, la corresponsabilidad, la confianza, la fraternidad y el servicio humilde (cf. PQTV 36).

